

Viaje de **consolación**

Octavio Escobar Giraldo



William Ospina, fotografía digital, 2013, foto de Julián Roldán

Cuando mi hermana mayor cumplió quince años, mi mamá organizó una hermosa fiesta con todos sus amigos y amigas. Fue una noche maravillosa en la que no paró de hablar y bailar, y al otro día, muy trasnochada y sonriente, se subió al avión con dos de nuestras primas, y se fueron a disfrutar toda una semana de las playas de Cartagena.

Su felicidad fue tanta que mi padre sintió que yo debía recibir algo y me invitó a Leticia. Así que Sofía tuvo una fiesta de ensueño y unos días maravillosos en Cartagena de Indias; los álbumes llenos de fotos y un dvd lo prueban, y yo acompañé a mi padre a Leticia, un sitio tan al sur de Colombia que es puerto sobre el Amazonas, el río más caudaloso de América.

Mi padre y yo volamos una mañana a Bogotá y después de dos horas de espera en el aeropuerto El Dorado, partimos hacia la Amazonía. Por mi cabeza pasaban cientos de datos, miles de imágenes. En el colegio me habían hablado de límites

y guerras, de cuencas hidrográficas y del largo trayecto que algunos viajeros realizan en barco, con descanso en Manaos y destino final en el Atlántico; los documentales de la *National Geographic* mostraban tribus indígenas, minas de oro, árboles gigantescos, delfines rosados y otras especies en vías de extinción. Hollywood solamente mencionaba a las temibles pirañas y a las anacondas.

Durante el descenso del avión, la superficie verde fue ganando detalles, haciéndose algo así como una enorme masa de brócoli, para casi al momento de aterrizar, diferenciarse en árboles que le abrían espacio a casas, a pequeñas áreas cultivadas, a caminos a punto de desaparecer por el empuje de la selva. Y también desde arriba vi la cinta brillante de los ríos, ríos de verdad, muy anchos, que forman las eses que son las fronteras que aparecen en los mapas, todos desembocando en el Amazonas, tan impresionante como el mar.

Mi padre y yo nos alojamos en el hotel Yurupary, un sitio de dos pisos en el que las habitaciones se alinean una frente a la otra, con un largo corredor de por medio, como en una cárcel. Dotado con muy buen aire acondicionado, en la recepción regalan folletos en los que explican sus servicios y su nombre, que procede de un conjunto de poemas amazónicos, rescatados por un aborigen brasileño y un geógrafo italiano en el siglo xix, y que hablan del origen del hombre y del papel que cumplió Yurupary al dictar las leyes para las tribus y buscar en la tierra una esposa adecuada para el Sol.

Muchas veces me he preguntado por qué recuerdo tan bien este viaje y no sé cómo explicarlo. Tal vez influya el he-

cho de que pasaba mucho tiempo solo, con decenas de recomendaciones y advertencias como única compañía. Mi padre supervisaba unas obras en la selva y yo tenía horas y horas para mí, mientras mis compañeros de colegio seguían soportando a nuestros profesores, que no me podían reclamar nada porque tenía un permiso de rectoría. No solamente gocé de unas vacaciones inesperadas, sino también de la independencia que casi nunca disfrutaba y en un lugar exótico y diferente.

Sentado en el recibidor del hotel permanecía Víctor, el hijo del dueño, un muchacho más o menos de mi edad en el que se mezclan las razas y las nacionalidades que coinciden en ese rincón del mundo. Decidió matar su aburrimiento convirtiéndose en mi guía. Para comenzar, me llevó al parque central de Leticia para conocer la victoria regia, planta acuática de hojas tan grandes que pueden sostener a un hombre. Después quiso que fuéramos al Perú, de donde era su madre. Haciendo equilibrio sobre las tablas tendidas entre la tierra firme y unos diques construidos con bloques de cemento, que los ingenieros consiguen al inflar a presión unas bolsas de material plástico, nos acercamos al muelle flotante y de éste pasamos a la lancha que atravesó en siete minutos los dos kilómetros de río y de frontera.

El poblado en el Perú —olvidé su nombre—, es un conjunto de casuchas de madera y latón plantadas a unos metros de la orilla o sobre troncos que apenas superan la altura a la que llega el Amazonas cuando las lluvias acrecientan su volumen. Desde uno de estos caserones observamos caer el sol, tiñendo de oro y sangre la selva y el río. Eso hacían también unos alemanes que tomaban cerve-

za. Tuve la impresión, injusta quizá, de que el espectáculo que más disfrutaban era el de la pobreza que nos rodeaba, que eran insensibles a la algarabía y a los saltos de los micos, al vuelo multicolor de los loritos y sus cantos.

Apenas iluminado por las luces que se desprendían de las casas ribereñas y de las barcazas de dos pisos en las que cuelgan las hamacas que usan quienes viajan rumbo a Manaus, el regreso tuvo para mí un gusto amargo y a la hora de la comida se lo conté a mi padre.

—¿No te divertiste, entonces? —concluyó.

—Lo que hay ahí es un montón de gente pobre.

—Gente pobre hay en todas partes, lo que pasa es que la mayoría de las veces no la vemos.

No respondí; sé que tiene razón. Tomó una cucharada de fariña, la harina de un tubérculo amazónico con el que complementan casi todo los platos en Leticia, y la esparció sobre su comida.

—Hoy tuvimos un problema con la planta eléctrica y mañana no podremos trabajar, ¿qué tal si vamos juntos a Benjamín Constant? Es un pueblo del Brasil, río abajo. ¿Quieres ir?

—Sí, claro que sí —respondí.

—Bien. Ya reservé dos cupos en la lancha. Tenemos que estar en el muelle a las nueve de la mañana. No nos van a esperar —advirtió.

Esa noche llamamos a casa y le conté a Sofía mi gran aventura peruana.

Benjamín Constant es una población humilde y lluviosa, pero mucho más digna que el caserío que conocí con Víctor. Para ir y volver hay que estar unas horas en el río, convivir con esa masa oscura y poderosa. La paciencia de los barqueros permite a los turistas observar al delfín rosado, que vive en la desembocadura de sus afluentes, donde hay más oxígeno en el agua. Se espera con ansiedad que busque la superficie y de pronto su piel brilla y la aleta triangular surca el aire apenas por encima del orificio por el que toma el aire. Nada de piruetas, el peso no se lo permite. El guía nos explicó que solamente hay delfines de agua dulce en el Amazonas y en algunos ríos de India y China, y que los aborígenes los respetan muchísimo porque las leyendas cuentan que se convierten con facilidad en seres humanos. Hay también un delfín gris, más pequeño y rápido. Verlos es emocionante y fugaz.

Si hay algo que creo que entendí en esos días es que la selva y el río tienen un ritmo distinto al de la ciudad o al de los sitios turísticos habituales, que no es realmente un espectáculo. La vida fluye allí lenta e indiferente, como el Amazonas hacia el océano Atlántico.

No sé si a mi padre lo decepcionó tanto aquella travesía como a mí. Habló mucho, intentando que me interesara en el vuelo de una bandada de pájaros y en las piruetas de los micos, en los millones de alevines que había en una pequeña laguna o en la forma en que los árboles desprenden multitud de raíces desde sus ramas para nutrirse del fango. También habló de Zico, el futbolista brasileño que él siempre consideró mejor que Maradona, y de cómo lo frustró que la Selección Brasil no ganara el Mundial de

Fútbol de España en 1982. Esa historia ya se la había oído varias veces.

En Benjamín Constant almorzamos un plato típico brasileño —carne de res, frijoles, arroz, plátano—, que en muchas regiones de Colombia también consideramos típico, mientras el diluvio universal se desataba sobre los techos de zinc de la casa de madera de dos plantas en la que estábamos. A los truenos fortísimos los antecedían unos rayos muy amarillos, llenos de electricidad, que perforaban las nubes como si quisieran abrir la tierra.

Mi padre regresó más callado de aquel Brasil subdesarrollado, sin fútbol ni carnaval. Cuando teníamos a la vista las primeras casas flotantes y el muelle que nos aguardaba, hizo un comentario que repitió muchas veces.

—Este no es un sitio para turistas. Los turistas no tenemos paciencia. Y en realidad, ni siquiera conocimos la selva —agregó frustrado.

Quizá sus palabras marcaron el comienzo de mi comprensión del viaje, pero entonces me irritaron y en lugar de aceptar su invitación a caminar un poco, me encerré en la habitación del hotel a ver un partido entre el Real Madrid y el Porto.

Al día siguiente mi padre volvió al trabajo y yo a la compañía de Víctor, que dejó de parecerme tan espontánea —quizá mi padre lo contrató para cuidarme—. Me propuso pasar al Brasil caminando hasta Tabatinga —población vecina de Letícia—, para llegar hasta una elevación que llaman Comara desde la que se contempla “todo el Amazonas”, afirmó.

Acepté su propuesta. Me puse una cachucha y partimos por la Avenida Internacional. Veinte minutos después todo estaba escrito en portugués. La frontera apenas existe, no pasamos un control ni nada por el estilo; eso me decepcionó, quería una escena de película, con banderas y muchos guardias uniformados y con ametralladoras. Cuando llevábamos un buen rato de marcha por las calles polvorientas, Víctor dejó de hablar sobre los peces del río y sus visitas a las tribus ribereñas —casi todas llenas de sucesos extraordinarios— para concentrarse en caminar cada vez más rápido. Poco a poco entendí que pretendía probar algo, que su silueta menuda, coronada por una mata de cabellos muy lacios y negros, quería dejarme atrás, y decidí impedirselo.

Con dificultad inicial seguí sus pasos pero minutos después conseguí acelerarlo suficiente para emparejarlo. Las cuerdas se sucedían unas a otras, separadas a veces por pastizales o lotes de tierra amarillenta. Sudábamos. Durante los últimos meses yo entrenaba con el equipo de fútbol del colegio, así que estaba preparado para el esfuerzo.

La distancia parecía aumentar en vez de disminuir y el sol nos golpeaba, pero seguimos. Había notado que unos minibuses blancos llevaban en el último renglón del aviso de la ruta el nombre de Comara. Los seguí dejando a mis espaldas a Víctor, que se fue quedando cuando comenzó la cuesta. Sin aflojar, pasé frente a un cuartel militar brasileño, decidido a demostrarle a aquel leticiano que podía resistir la más dura de las jornadas. Las luces traseras de un minibus me guiaron por una vía sin pavimentar hasta una pequeña planicie que está treinta, quizá

cuarenta metros por encima del río. Comara, así lo anunciaban los letreros. Para mí, habituado a los Andes, aquel montículo era un mirador muy poco espectacular. Víctor llegó un minuto después y sonriendo reconoció mi victoria.

—De aquí sí se ve el río —afirmó acercándose con precaución al borde del barranco, soñadores los ojos negros.

No contesté.

Volvimos a Leticia en uno de aquellos colectivos de color blanco. Poco después de que entramos al hotel, tocó a mi puerta y me regaló una llanchama, una pintura que se hace sobre la corteza de un árbol con tintes extraídos de hojas y semillas. En ella aparecen un bufeo, que es como los amazónicos denominan al delfín rosado, y sus crías. Todavía lo conservo como si fuera una medalla de oro.

Mi corta relación con Víctor me sirvió para entender mucho después, diría que apenas ahora, hasta qué punto los seres humanos somos diferentes pero también podemos ser muy parecidos. Él es hijo del Amazonas y sus gentes, de un ancestro indígena muy fuerte y la cercanía del Brasil, yo lo soy de la montaña cafetera y sus costumbres, pero tenemos en común el montón de deseos y esperanzas que animan a todos los seres humanos.

En la noche fui con mi padre a Tabatinga y comimos pescado en un restaurante vecino al puerto. Se interesó mucho en mi relato de lo que habíamos hecho Víctor y yo durante el día. No aceptamos la propuesta del taxista de subir a Comara antes de volver al hotel.

A nuestro regreso de Leticia le contó a Sofía que entre los ticunas —en Benja-

mín Constant visitamos un pequeño museo dedicado a esta tribu—, una de las ceremonias más importantes es la pelazón. En ella, a la niña que menstrua por primera vez la ocultan del sol durante varios días y después le pintan el cuerpo con un pigmento vegetal muy oscuro para, finalmente, conducirla ante la tribu y que el resto de las mujeres le arranquen todo el cabello. Es la forma en que la muchacha es admitida en el mundo de los adultos.

—Igualito a tus quince —comentó mamá—, pero aquí la que casi se quedó sin pelo fui yo. Podemos corregir las cosas en este momento —agregó como burlándose, imitando el movimiento de unas tijeras con los dedos.

Sofía se retiró, aterrada, mirándola con un odio lleno de amor.

Octavio Escobar Giraldo es Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura y la Universidad de Antioquia por sus libros de cuentos *De música ligera* (1998) y *Hotel en Shangri-Lá* (2004). Su obra novelística, también premiada, comprende irónicos ejercicios postmodernos —*El último diario de Tony Flowers* (1995) y *El álbum de Mónica Pont* (2003)—, *1851. Folletín de cabo roto* (2007), originalísima recreación histórica, y *Cielo parcialmente nublado* (2013), lúcida visión de la Colombia de las últimas décadas. Editorial Periférica publicó sus títulos de género negro *Saide* (1995) y *Destinos intermedios* (2010), elogiados por la crítica española. Próximamente, la Editorial Pretextos presentará su novela *Después y antes de Dios*, ganadora del XLV Premio Internacional de Novela Corta “Ciudad de Barbastro”. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.